

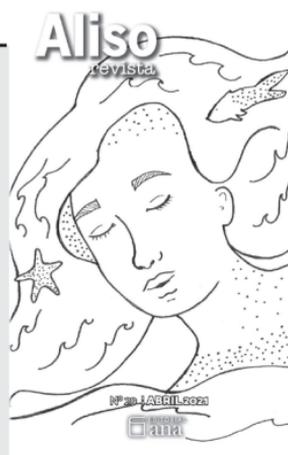
# Aliso

revista



Nº 29 | ABRIL 2021

EDITORIAL  
ana



**Escriben en este número de Aliso Revista:** Manuel Castrogiovanni, Kevin Jones, Ludmila González y Julián Obeid.

La ilustración de tapa es obra de Ludmila González y forma parte del libro *El hilo en el laberinto*. Las ilustraciones del interior son obras de Julián Obeid.

**Aliso Revista** es una idea de Pablo Felizia y César Heinitz, realizada con el apoyo de Nicolás Tavella. Una propuesta de **Ana Editorial**, llevada adelante por **Aliso Imprenta**.

[www.anaeditorial.com](http://www.anaeditorial.com)

f **Ana Editorial**

o **@anaeditorial**

## EDITORIAL

Después de mucho andar, en las últimas semanas se pudieron organizar varias presentaciones de libros. Fueron con protocolos y cuidados, pero la posibilidad de volver a estar cara a cara con los lectores nos llenó de alegría. Ahora estamos a la espera de saber cómo va a continuar esta situación sanitaria, pero seguimos en la búsqueda de alternativas que nos permitan presentar libros y cuidarnos al mismo tiempo.

La primera presentación del año fue de Cecilia Tonina con su nuevo libro *De balcón y cordones*.

Luego continuó ...*desde la Ausencia* de Zoraida Vásquez Beveraggi. Fue el 26 de marzo en 33 Territorio de Cultura de Paraná. La autora estuvo acompañada de su familia y amigos que llegaron con sus barbijos para participar de una iniciativa emotiva que culminó con un conjunto de mariachis a puro canto.

El 3 de abril fue el momento de *Las suertes de las flores*, de Melé Graglia. Fue una propuesta en conjunto con la querida Biblioteca La vieja Estación de Hernández. Entonces hubo música y danzas entre otras sorpresas.

Dos días después, Pablo Felizia presentó *Crónicas patrias*, fue en la inauguración de la Biblioteca Puerto Argentino, en las instalaciones del Ferrocarril. Estuvieron presentes integrantes de las Fuerzas Armadas y de Se-



guridad, Veteranos de Guerra de Malvinas, referentes del ejecutivo municipal y de la Dirección de Malvinas de la capital provincial e integrantes del Foro Patriótico y Popular y del Instituto de Estudios Nacionales, entre otros.

También, el 8 de abril, en Diamante fue presentado *Darwin, Linares Cardozo y Entre Ríos: Sus andanzas por Entre Ríos, la música y los libros*, de Víctor Acosta. Fue una propuesta realizada en la Biblioteca Popular de la ciudad entrerriana y se llevó adelante junto a una muestra de arte.

Ahora, el viernes 30 de abril, vamos por una nueva presentación. Será en una plaza Sáenz Peña de Paraná a las 16.30. No es fácil organizar estas propuestas en el contexto actual y muchas veces

hay marchas y contramarchas, pero seguimos adelante. Será el momento de *Los encantados* –el nuevo libro de Ana Editorial– de Kevin Jones. Es un poemario que decidimos sostener al cien por ciento, en una importante apuesta editorial. A través de las redes sociales daremos a conocer los detalles que faltan.

Y así seguimos, en la búsqueda de escritoras y escritores que den ese paso tan importante. Al momento, Ana Editorial lleva vendidos más de 2.300 ejemplares mano a mano con los lectores y 90 títulos engalanan nuestra biblioteca.

Seguirá la tormenta, será larga y compleja; pero ahí estaremos en la pelea, junto a nuestro pueblo, hasta verla escampar.

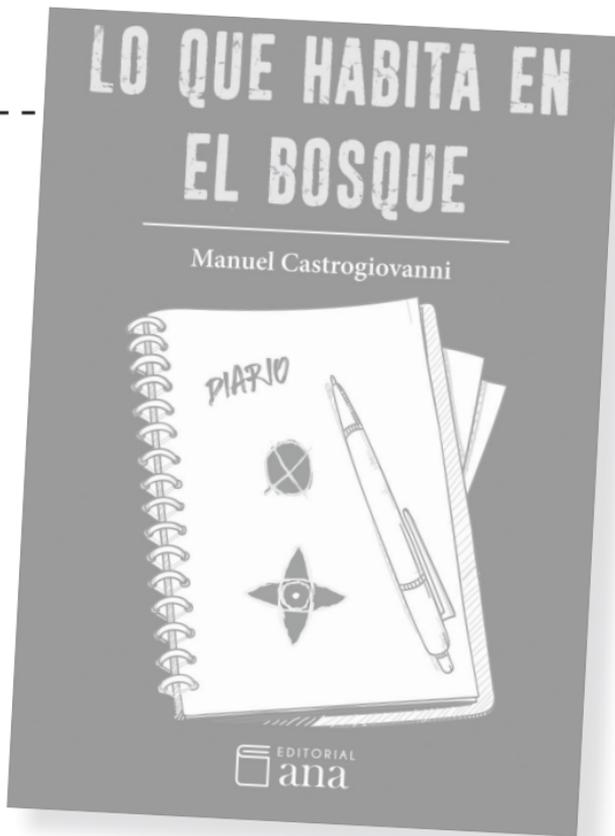
# EL VACÍO DE LAS ESTRELLAS

Desde este número de Aliso Revista y por dos meses más, vamos a publicar, por partes, el cuento **El vacío de las estrellas** de Manuel Castrogiovanni. El autor publicó en formato ebook el libro **Lo que habita en el bosque**, obra que siempre recomendamos, sobre todo para los amantes de estos géneros.

## 1

Bob Lawley había estado caminando buena parte del trayecto hasta la casa de su maestro, Murphy Woodstonecraft, el cual vivía a las afueras de la ciudad. Bob decidió no conducir hasta la casa de Murphy porque disfrutaba del ambiente de la zona (un barrio pacífico, con árboles que daban una cálida sombra en verano y con casas que poseían un estilo arquitectónico de tiempos coloniales), sumándole a que el médico le recomendó caminar para evitar el sedentarismo. Su auto quedó a casi un kilómetro de donde sus pies lo estaban llevando en ese momento. Sabía de memoria cuál era la casa de su maestro, así que se permitió divagar un rato en sus pensamientos, al mismo tiempo que el viento otoñal intentaba desarmarle su peinado con un estilo de la década de 1930 y sus zapatos de cuero marrón aplastaban y hacían crujir las hojas, que lograron colonizar la acera. Hacía frío, de modo que Bob llevaba puesto un saco muy cálido, pero a la vez pesado que, sin embargo, lo adoraba.

Cuestión que luego de obedecerle al médico por una media hora, por fin arribó a la casa de Murphy: una casa de dos pisos, pintada de color celeste, con dos estatuas relativamente grandes de leones le daban la bienvenida a Bob por los costados de la entrada. “Es lo más cercano que Murphy tendrá a unas mascotas”, pensaba cada vez que tenía que visitar a su maestro. Dos pedazos de mármol con forma de un felino africano. ¡Cada uno con sus gustos! Mientras aguardaba que el llamado del timbre sea respondido, Bob volvió a pensar porqué Murphy había pedido que vaya; en la nota que le envió parecía ansioso, pero ¿de qué? La curiosidad era grande y no podía esperar a averiguar de qué se trataba. La cabeza de Bob divagaba en vaya a saber uno dónde cuando la gran puerta de madera barnizada se abrió, haciendo aparecer a un hombre



Policías reciben la llamada de unos vecinos, denunciando un olor desagradable en la casa de un padre. Al entrar al domicilio, descubren una escena de pesadilla, pero lo más intrigante fue un diario, el cual muestra su descenso a la locura por sucesos inexplicables.

#### ACERCA DEL AUTOR

Manuel Castrogiovanni nació el 25 de enero de 2001. Vive en Paraná, Entre Ríos. Ítalo-argentino. Es estudiante de abogacía en la UCA. Es fanático del género del terror y todo lo concerniente a temas perturbadores y misteriosos desde que tiene memoria. Es lector constante de las obras de Stephen King y Howard Phillips Lovecraft (al igual que los integrantes del Círculo de Lovecraft). Su gran aspiración es colaborar para el círculo literario de Los Mitos de Cthulhu.



EDITORIAL  
**ana**

[www.anaeditorial.com](http://www.anaeditorial.com)  
[pablofelizia@anaeditorial.com](mailto:pablofelizia@anaeditorial.com) / 0343 154595738  
[nicolastavella@anaeditorial.com](mailto:nicolastavella@anaeditorial.com)



bastante alto, de uno sesenta años, voluminoso, con pelo y barba canosos, vestido elegantemente y con una voz muy grave.

—¡Bob! ¡Qué suerte que llegó! Pensé que jamás lo haría. Por favor, pase, adentro está cálido.

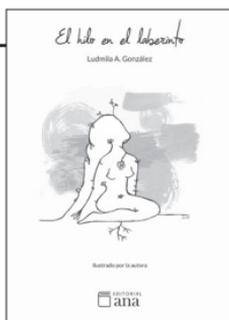
Bob obedeció con gusto y, al entrar, el calor le pegó como la bolsa de Wall Street a la economía estadounidense en 1929, obligándolo a quitarse el pesado saco que llevaba puesto y dejarlo en el perchero que estaba a la derecha del umbral.

—Murphy —dijo Bob—, usted debe saber muy bien que si me llama yo vendré. De lo único en lo que debe preocuparse es en el tiempo del oeste, porque parece que vienen lluvias muy interesantes.

El maestro se rió a la vez que cerraba la pesada puerta de entrada de su casa, para luego seguir a su pupilo y pegarle una palmada en la espalda, en señal de amistad.

—Siempre con ese humor, Bob —dijo alegremente—. ¿Desea un poco de whisky? —el pupilo aceptó—. ¡Genial! Espere aquí que ya se lo traigo.

Bob se recostó en uno de los sofás de la enorme sala de estar junto a la chimenea, mirando con sus marrones ojos a la gigantesca biblioteca de Murphy. Siempre estaba maravillado por la extravagancia de libros que había ahí: desde enciclopedias muy antiguas hasta libros modernos como, por ejemplo, uno que otro de Robert M. Price o H. P. Lovecraft. No obstante, los que se hallaban en el tercer estante los conocía muy bien: grimorios. Oh, sí. Ambos caballeros estudiaban estos manuscritos con ardua pasión y profesionalismo, llegando a traducir dos o tres. En los últimos meses se habían puesto a estudiar y a analizar el despreciable *Manuscrito de Khodar*, escrito por un tal “Monje de Khodar”, nombre puesto por Bob y Murphy porque el libro fue encontrado en un monasterio de Europa del Este. El maestro Woodstonecraft logró comprarlo a un, digámoslo como debe ser, precio criminalmente barato a



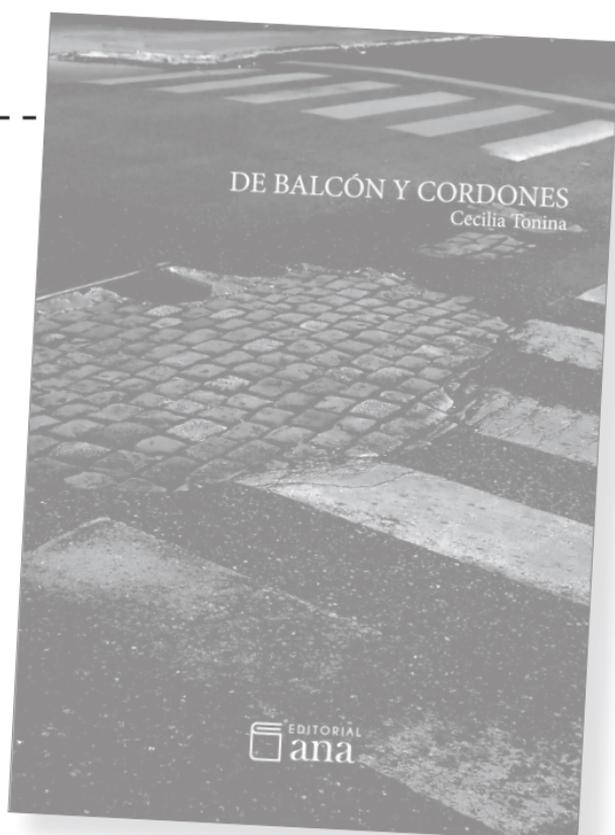
## El hilo en el laberinto

Ludmila A. González



EDITORIAL  
ana

www.anaeditorial.com  
pablofelizia@anaeditorial.com /  
0343 154595738  
nicolastavella@anaeditorial.com



Escribió Abel E. Schaller (Paraná, otoño de 2020)

Una inquietud sedienta provocan las líneas de Cecilia.

Como en un surrealismo à la page, pregunta, nos interpela, anda de hilván en hilván buscándole sabores y aromas a las infulas del aire y de las cosas.

No quedará tranquilo quien la lea. Mas no la demandemos por el color que tiene el baúl por dentro. Seamos esos arremolinados por el viento que ella menciona y ayudémosla a encontrar las respuestas.

#### ACERCA DE LA AUTORA

Cecilia Tonina nació en Paraná, en 1995. Fue finalista de las olimpiadas nacionales de poesía en 2009.

Escribió su primer libro "Ecología poética: poesía de estación" en 2018 y fue editado en esta editorial un año después.

Recibida de la Tecnicatura en Música con especialización en Guitarra y de la Tecnicatura en Danzas Tradicionales Argentinas, se desempeña como bandoneonista y profesora de danzas folklóricas.

Ha realizado numerosas presentaciones, entre ellas junto al Dúo Enarmonía como guitarrista, bandoneonista y bailarina. También formó parte de la Orquesta Escuela de Tango de Paraná durante 2018 y del Ensamble de Tango del Instituto Superior de Música de la UNL en 2019.



www.anaeditorial.com  
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738  
nicolastavella@anaeditorial.com

unos monjes ucranianos hace ya cinco años. Y desde hace tres de esos cinco años, han estudiado el manuscrito. La última reunión para analizar al repugnante *Manuscrito de Khodar* fue el pasado viernes, y hoy es domingo, por lo que sospecha que la espontánea reunión no se refería a eso... ¿o sí? El libro no estaba junto a los otros grimorios, ¿se habría olvidado de guardarlo o sólo lo dejó en la mesa para volver a estudiarlo la semana entrante? Cosas así barajaba la cabeza de Bob y en consecuencia la ansiedad de saber qué sucedía aumentaba.

De repente, una voz familiar interrumpió su aventura imaginaria. Giró vertiginosamente la cabeza hacia dónde venían esas palabras.

—Le voy a ser sincero, Bob, estoy feliz de que haya venido —dijo esa voz, mientras se sentaba y le entregaba un vaso de whisky con dos hielos que sonaban alegremente al chocarse.

—¿Ah sí? —respondió, medio asombrado y medio confundido.

—Por supuesto —hizo una sonrisa y mirada pícaras—. Y creerá que estoy tirando palabras de alguna manera demagógica, pero se lo digo de manera seria...

De repente, el timbre sonó. Ambos caballeros se asombraron y dirigieron sus miradas hacia la puerta de entrada. Murphy se paró mecánicamente y fue a atender. “¿Esperaba más visitas?” se preguntó para sí mismo Bob, sin quitar sus ojos de la gran puerta.

Murphy entreabrió la puerta e hizo un sonido de asombro y felicidad.

—¡Ohhh, caballeros! ¡Llegaron justo a tiempo! Por favor, pasen y tomen asiento. Siéntanse como en su casa.

Eran los hermanos Berowsky, Nikola y Laurence, gemelos de ascendencia polaca y alumnos del maestro Murphy en la Universidad de Miskatonic. Bob los conocía, pero únicamente de nombre, y al verlos entrar, las dudas que antes tenía se incrementaron. Los hermanos dejaron sus abrigos en el mismo lugar donde Bob dejó el suyo.

—Bob —dijo eufóricamente Murphy—, ellos son Nikola y Laurence Berowsky, alumnos míos. Nikola y Laurence, él es mi pupilo Bob Lawley. Puede ser que ya se conozcan, pero si no es así, los presento.

Bob se levantó de su asiento y les extendió la mano a ambos hermanos junto a una carismática sonrisa. Ellos le devolvieron el gesto.

—¡Tomen asiento, señores! Ya les traigo algo de beber.

Cuando Murphy fue otra vez a la otra habitación, Bob les preguntó a los hermanos que qué estaban haciendo allí.

—El profesor —contestó Nikola— nos dijo, el viernes, que va-

yamos a su casa el domingo por la tarde, o sea, hoy —su hermano respaldó su breve excusa.

—¿Para qué?

—No lo sabemos. Dijo que tenía algo que mostrarnos y que era muy importante. ¿A usted no le contó nada, señor Lawley?

Aunque entre Bob y los hermanos se llevaban fácilmente 18 años de diferencia, él le pidió que se dirigiesen a su persona con su nombre:

—Llámenme Bob, chicos, no es necesaria la formalidad. Y respondiendo a tu pregunta, no me contó nada.

—Es demasiado raro —esta vez habló Laurence.

—¡Parece que ya se llevan bien, eh! —vociferó Murphy en el umbral de la habitación, con un vaso de whisky en cada mano—. Eso es *maravilloso*.

—¿De qué se trata todo esto, Murphy? —espetó Bob.

Murphy borró su sonrisa del rostro.

—Es por algo asom...

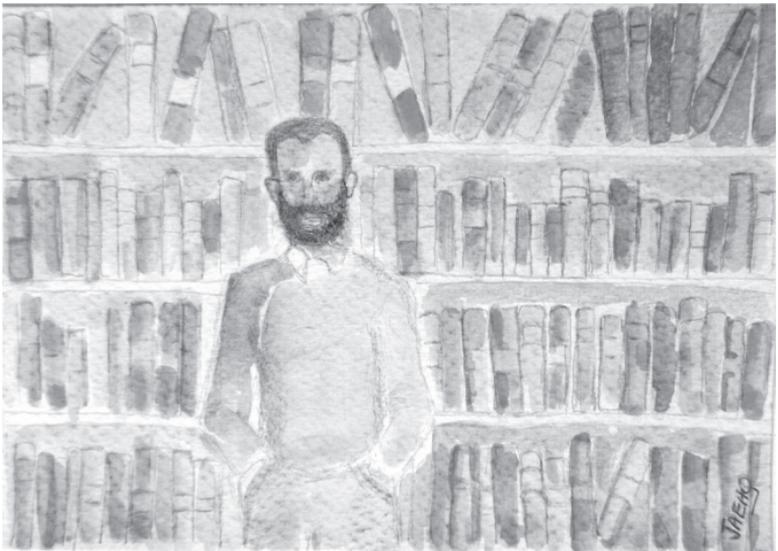
—¡Díganos de qué va esta rara reunión o me iré inmediatamente, maestro!

¿Hay que aclarar que Bob Lawley es una persona con muy poca paciencia?

—¡Está bien, está bien, está bien! —rió Murphy, nerviosamente—. Siéntense y les diré de una vez por todas porqué los llamé.

Los cuatro hombres tomaron asiento y el maestro empezó a hablar.

—¿Alguna vez se preguntaron qué habrá *más allá del universo conocido*? —los otros tres hombres se miraron mutuamente—.



Bueno, yo sí. Creo no ser el único. Es algo que le ha interesado a la humanidad desde tiempos de los filósofos clásicos griegos; los astrónomos de esa época avanzaron considerablemente en materia astronómica. Por desgracia en la edad media esta noble ciencia se vio opacada por el totalitarismo católico. Afortunadamente, hoy esa idiosincrasia no existe: los astrónomos son tomados como personas inteligentes. Y como es más fácil investigar sobre el universo que sobre el océano, el conocimiento es enorme. *Algunos creen que el universo es infinito y que no hay más que lo mismo: estrellas, galaxias y planetas; los creyentes aventuran a decir que está su dios omnipotente, omnipresente y todo eso.* Caballeros, se está seguro casi al cien por ciento de que hay vida en otros planetas; hay millones de galaxias y millones de planetas, ¿por qué no fantasear? La humanidad siempre jugó con la idea de otras formas de vida. Pero, sin embargo, era simplemente *fantasía*. Nada nuevo. Pero eso alimentó a mi curiosidad como no saben. Todo el tiempo pienso sobre la contraparte del universo conocido: *el universo desconocido*. Estoy convencido de que los astrónomos no han descubierto ni el... digamos... treinta por ciento de todo el susodicho universo. Cada vez que llega la noche, me pongo a ver el cielo y a preguntarme sobre si, a millones de años luz, habrá vida en otros planetas, en otras galaxias... qué hay más allá de las estrellas. Mi telescopio es completamente incompetente en esa tarea.

“Todo eso carcome mi mente y la curiosidad crece enormemente a medida que pasa el tiempo. Y no decidí quedarme de brazos cruzados. Hay veces en donde el destino escucha las plegarias de uno. Resulta que en uno de mis contactos me, valga la redundancia, contactó con un hombre que podría... ayudarme a contestar mi pregunta. Un buen día me reuní con él y me entregó esto —puso su mano en el bolsillo interior de su saco y extrajo una botellita con un líquido transparente.

—¿Y qué es eso, profesor? —dijo Nikola.

—Según el tipo, se llama *saturnina*. No sé si tiene algo que ver su nombre con el planeta Saturno, pero el chiste es que es una droga que me permitirá *ir más lejos*.

Bob y los hermanos Berowsky miraron con aun más extrañeza.

—¿“Más lejos”? —preguntó Bob.

—No solo eso, ¡podré ir más allá de lo que haya hecho humano alguno!

Hubo unos segundos de silencio.

—Murphy, no entiendo muy bien qué nos quiere decir con todo esto. ¿Esa droga lo hará viajar por el espacio? —intuyó de forma muy, muy insegura, casi arriesgándose.



—Por eso es usted mi pupilo. Está en lo correcto, Bob. Esto —señaló el frasco— escribirá la historia como no se lo pueden imaginar...

—¿Y usted quiere que lo ayudemos en esta locura? —cuestionó Nikola.

—La palabra “locura” es demasiada atrevida, mi estimado Nikola, pero no tan errada. Todo genio tiene un toque de locura, por lo que la palabra es apropiada. Quiero que ustedes formen parte de esta página de historia que vamos a escribir... juntos. Por favor, caballeros —su voz se hizo serena—, no piensen que perdí el juicio, estoy totalmente cuerdo. ¿Podría ser que ustedes tres ayuden a su maestro en esta empresa? Les pagaré si así lo desean.

Los alumnos realizaron un pensativo silencio. Un rato más tarde, Bob exhaló un largo suspiro para luego responder:

—¿Y qué tenemos que hacer?

—Esta droga no se traga ni se inyecta: deben ponerme una gotita en cada ojo, para que mi cerebro pueda viajar por el espacio sideral. Pero no queda ahí, les tengo una tarea a cada uno de ustedes. Nikola, usted va a encargarse de la droga —sacó del mismo bolsillo donde estaba la botella un gotero y se lo entregó—; Laurence, quiero que escriba todo lo que yo vaya diciendo durante mi trance. No se preocupe si hablo muy rápido, haga su mejor esfuerzo; Bob, a usted le pediré que me despierte: siéntese al lado mío para que me abra los párpados. De esa forma, el trance terminará.

—Sigo creyendo que esto es una locura —insistió Nikola.

—Pero revolucionario. Vengan, caballeros, subamos hasta mi estudio.

Los cuatro hombres subieron por la enorme escalera de madera a la derecha de la habitación.

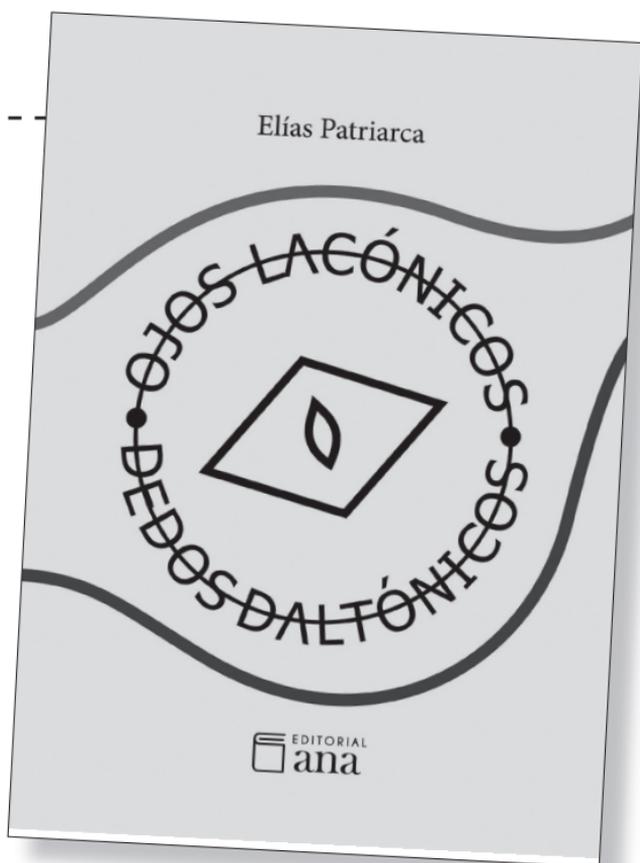
## 2

Murphy los guió hacia su estudio, el cual era una habitación mediana con una biblioteca en tres de las cuatro paredes, llenas de libros variados. En el medio, se hallaban tres sillas que enfren- taban a un gran escritorio sin nada arriba. La pared que estaba al frente de la pared de entrada tenía dos grandes ventanas, que en esa ocasión alguien las había cerrado, de modo que la única luz era la del foco que Murphy encendió. Toda la escena estaba sospechosamente preparada premeditadamente.

—¡Aquí será donde escribiremos la historia, amigos míos! —gritó felizmente Murphy, abriendo sus brazos ampliamente.

—Usted planificó absolutamente todo —dijo Laurence, im-





Estos escritos traen en sus espaldas una invitación a disfrutarlos, reflexionar o dejarlos bajo el polvo del abandono. Mutua compañía en este camino de ojos lacónicos y dedos daltónicos, los míos y los suyos. Ojos que todo lo ven, dedos que todo lo niegan. Ante la imprecisión y la confusión de encontrarnos en un mundo de estas características no puedo menos que rendirle culto al desencuentro entre lo sentido y lo dicho, entre el cansancio y la euforia, entre las ganas y los modos, entre la velocidad y el contacto... Si alguna tarea podría adjudicarle a esta producción, sería la de remover la arena apelmazada en el reloj de alguno de tus días.

#### ACERCA DEL AUTOR

Edgardo Elías Patriarca nació el 27 de octubre de 1990 en Paraná, Entre Ríos. Actualmente está finalizando los estudios de Licenciatura en Psicología en la Universidad Autónoma de Entre Ríos (FHAyCS - UADER). Desde niño encontró como medio de expresión a los instrumentos musicales y desde adolescente adquirió el gusto por la escritura, ambas actividades que aún sostiene en la práctica diaria.

Instagram: elias.1990

E-mail: patriarcaelias@gmail.com



EDITORIAL  
ana

www.anaeditorial.com  
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738  
nicolastavella@anaeditorial.com

presionado por la premeditación de su maestro—. Debo admitir que me asusta.

—No tiene porqué sentir miedo, Laurence. Usted sólo tiene que escribir lo que yo diga, ya se lo dije hace unos minutos.

—Sí, lo sé, pero como que tengo la sensación de que algo no anda bien.

—Es normal que uno sienta miedo o nervios cuando está por hacer algo importante, a todos nos sucedió alguna vez en la vida. Y es exactamente lo que usted está sintiendo ahora mismo, mi estimado. Está absolutamente todo bajo control. ¿O cree que un hombre de ciencias como yo sería tan negligente e imprudente como para poner en peligro a sus alumnos y pupilo?

Laurence se quedó callado; Bob y Nikola miraron preocupados al joven. El hermano de Nikola tenía los ojos abiertos y la cara pálida. Nunca había recibido una contestación tan... ¿cómo decirlo?... atrevida de un profesor, sumando a la voz irónica y de poca paciencia de Murphy, que no ayudó en nada.

—N... no... no, pr... prof... profesor. Jamás pens... pensaría algo así de usted.

La cara de Murphy no cambió, seguía con una mirada de ansiedad y de ¿locura?

—Muy bien. Entonces cálese y obedezca. Siéntense todos —miró a los otros dos hombres. Ellos obedecieron inmediatamente, no querían sufrir lo mismo de Laurence. Sin embargo, las miradas decían mucho.

—¿Y usted dónde se va a sen... ?—la pregunta de Bob se interrumpió cuando su maestro se recostó en el vacío escritorio. Aunque sea un hombre considerablemente alto, sobraba un poco de espacio.

Murphy se quitó los zapatos para mayor comodidad, sus medias negras cubrían sus pies del frío que había en su estudio. Movié los dedos y algunos tronaron. Apoyó de forma suave su nuca en la dura madera barnizada del escritorio. Acto seguido, volteó la cabeza y llamó con la mano a Nikola para que se acerque.

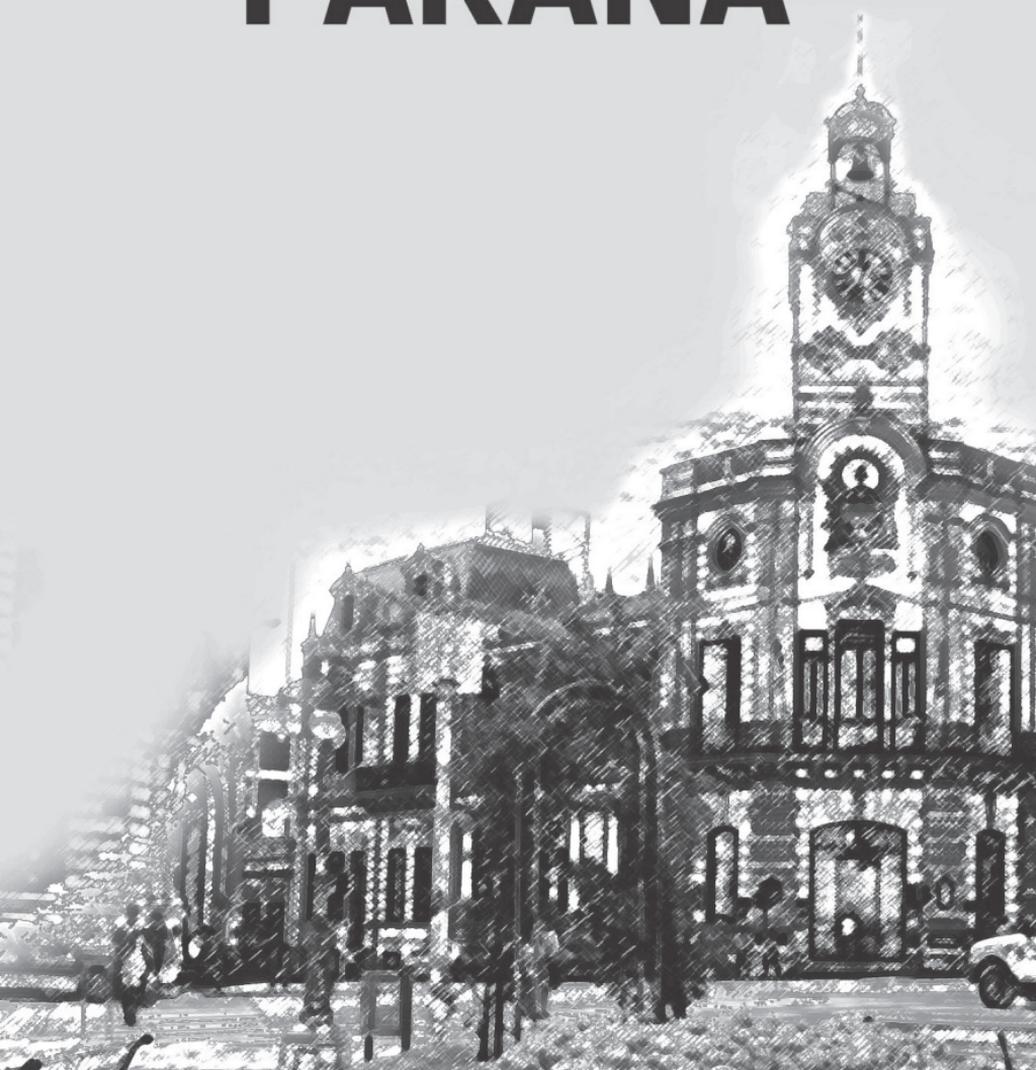
—Bien, ustedes ya saben su papel. Lo que voy a pedir es que usted, Bob, ponga su silla al costado de mi cabeza para mayor comodidad. Si quiere, Laurence, apoye su bloc de notas en el escritorio —él le dijo que no le molestaba escribir apoyando las hojas en su muslo—. Oh, está bien; Nikola... —hizo unos segundos de silencio— usted puede hacer lo que quiera. Capaz le interese la idea de acercarse junto a sus compañeros. Además, debe hacerlo para poder proporcionarme la droga.

Bob iba a objetar algo, pero vio a Laurence y se cayó. Aunque





MUNICIPALIDAD DE  
**PARANÁ**



se notaba en el aire el nerviosismo de los hermanos Berowsky y del pupilo de Murphy. Hacían todo lo posible para no ser tan obvios, comenzaron a asustarse de Murphy tan rápidamente que sus corazones golpeaban fuertemente la caja torácica de cada uno. Las manos de Nikola transpiraban, la respiración de Laurence era profunda y una sensación de incomodidad poseyó a Bob. El único que estaba ansioso era su maestro, sentía todo lo contrario a los otros tres: felicidad, curiosidad y excitación.

—¿Y? ¿Les parece comenzar? —preguntó Murphy, con su cabeza levantada para ver a los otros caballeros.

—Si a usted le parece que estamos listos —contestó Bob—, empecemos.

### 3

Dicho eso, Murphy volvió a apoyar su cabeza en el escritorio, pero esta vez se quedó totalmente quieto, a la espera de que Nikola le suministre las gotas de *saturnina*. Él le quitó el tapón a la botellita e introdujo el gotero, apretó la goma y un poco del líquido entró en el instrumento; volvió a tapar la botellita y la guardó en el bolsillo de su pantalón. Acto seguido, se acercó a su maestro y, con los dedos pulgar e índice, separó los párpados, apretó suavemente la goma del gotero y una gotita de *saturnina* cayó y cubrió todo el ojo izquierdo de Murphy, después repitió la acción con el derecho. Su maestro parpadeó varias veces para que la droga se distribuyera adecuadamente en la cuenca ocular. ¿Se tiene que contar que Nikola se puso más nervioso que nunca al hacer eso? Dejó el gotero junto a la botellita y se sentó a dos metros del escritorio. Laurence ya tenía el bloc y un lápiz en mano para comenzar a escribir. Bob se mantenía sentado y mirando a todos lados.

—¿Todo está bien, Murphy? —preguntó Bob. Su maestro levantó el pulgar a modo de respuesta.

Minutos después, Murphy empezó a hablar con voz serena:

—Estoy viajando muy rápido. He dejado inmediatamente la Tierra y me acerco a Marte —Laurence comenzó a anotar—. No siento en mi cuerpo la velocidad, tampoco otra sensación, como que mis sentidos físicos se ausentan totalmente. Tampoco siento la temperatura. Puedo girarme para observar alrededor mío. ¡Cielos! El Sol se ve tan hermoso desde aquí. También puedo ver a Mercurio y a Venus, pero están muy lejos. El “cielo” no es negro como nosotros lo vemos, es... es... *alucinante*. Hay colores varios y crean formas tan bellas que se me erizaría la piel. Violeta, marrón, verde, azul, rojo... todo en armonioso y constante movimiento. La Luna, ¡Santo Dios! Noble satélite. ¡Y los continentes! ¡Los veo



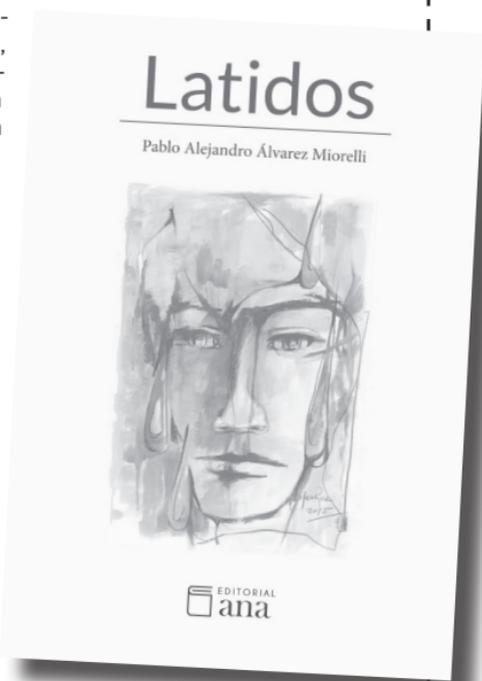
Escribió Silvina Alvarenga:

Transitando esos caminos por los que te lleva este oficio de enseñar, cuando creía que ya nada me podía conmover conocí a Pablo, maestro de 1er. año. Solía escuchar sus clases y podía sentir cómo se abrían aquellos intersticios en la realidad de sus estudiantes por donde se podían percibir otros destinos, promesas que él aseguraba con el tono profundo de sus palabras. Esto que les cuento continúa, la elección del tiempo verbal, el pasado, se debe a que yo no trabajo más en esa escuela, pero él sigue LATIENDO en aquellas aulas, suerte para esos chicos y chicas que comparten ese territorio, dónde aún se pueden torcer destinos.

Hoy tengo el enorme honor de presentar esta obra, cuyo autor es Pablo Alejandro Álvarez Miorelli, poeta y amigo, que interroga, con gran vehemencia, al amor, al tiempo, a la conciencia, a la pertenencia y a la pertinencia. En ella los sentidos toman cuerpo y se convierten en tribunal de lo sensible dónde es considerada nuestra condición humana. Su lectura arrastra, organiza, limita y diluye nuestras fronteras, transita nuestras venas, llega al corazón y DEVIENE EN LATIDOS, como dice el autor:

“...Sigo buscando tiempo y espacios para mi condición humana, para ese lenguaje de las formas etéreas que atraviesan a las almas inconmovibles. ¿Dónde aparece el porqué de este libro? En algún encuentro ¡En algún encuentro! ¡En algún encuentro de Latidos y de palabras para el encuentro! En algún latido”.

Agradezco el espacio para compartir con los lectores los sentimientos que me generó esta obra.



todos al mismo tiempo!

“Me estoy acercando a Marte. Es espectacular. Pero... no es rojo, es *anaranjado*. Veo su árido cielo, parece un desierto onírico de tonalidades sepias. Es enorme. No observo vida. Pero diviso algo gigantesco... ¡el Monte Olimpo! —gritó y gimió de emoción— ¡No lo puedo creer! Sus dimensiones son impresionantes. Decir “enorme” o “colosal” es quedarse muy corto. Excreta lava desde su cráter perennemente. Más grande que cualquier continente terrestre. Simplemente increíble.

“Dejo Marte para adentrarme en el coloso del Sistema Solar: el gaseoso Júpiter. Estoy muy lejos del planeta, sin embargo, su tamaño asusta. No me imagino cuando esté cerca. —se quedó callado por un tiempo, luego—: Estoy llegando a Júpiter. ¡Wow! Se *mueve*, se mueve a velocidades vertiginosas su interior. No sé si estoy muy cerca o no, pero toda mi visión está cubierta por este cuerpo celeste. Una especie de neblina me cubre, ha de ser uno de sus anillos. ¡La Gran Mancha Roja! La firma del planeta: es como ver el ojo de un huracán, pero ¡miles de veces más grande que la Tierra, veloz y espectacular! Siento como que Júpiter me estuviera observando. Es como ver una obra de arte bizarra, pero a la vez hermosa: colores extravagantes y vivos. No puedo describir adecuadamente lo que mis ojos ven.

“Siento que mi velocidad aumenta. He superado Júpiter demasiado rápido. Veo en el horizonte a Saturno y sus impresionantes anillos. Luego de ver a Júpiter, Saturno parece pequeño, aunque sea casi igualmente de grande. ¡Mi velocidad sigue en aumento! Me adentro en los anillos de Saturno. Miles de millones de rocas espaciales me dan la bienvenida. Pasan al lado mío sin preocupación, me volteo para verlas alejarse de mí y...

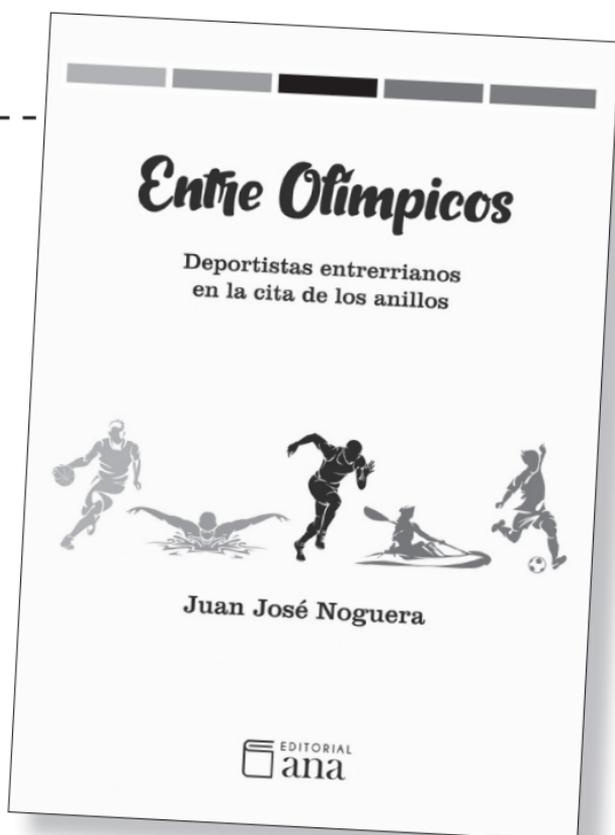
Un grito fuerte salió de la boca de Murphy, como asustado por algo. Se cubría la cara con sus manos, para tratar de impedir que algo lo choque o *vea*. Tanto Bob como Nikola y Laurence saltaron de sus sillas.

—¡Murphy! ¿¡Qué pasa!?! —vociferó Bob—. ¡Díganos qué sucede!

El ambiente era de alteración pura. Quizás los miedos de los hombres se habían hecho realidad y la droga estaba produciendo efectos nocivos o cosas incoherentes. Nikola quedó petrificado y con los ojos muy abiertos, su corazón latía fuertemente. Lentamente, Murphy vuelve a su posición original, con una respiración agitada, pero la cual paulatinamente regresa a la normalidad.

—No fue nada —dijo—. Una roca grande iba a colisionar contra mí, pensé que iba a lastimarme, pero me atravesó sin problemas. No se preocupen, fue una falsa alarma. Perdonen.





¿Por qué escribir y publicar un libro sobre los entrerrianos y los Juegos Olímpicos? ¿Qué relación tiene esta provincia con el evento más importante del deporte mundial? Para esbozar alguna respuesta podríamos recurrir a la historia del Comité Olímpico Internacional (COI) o contar quienes fueron los deportistas provinciales que tuvieron el privilegio de representar al país en algún JJ.OO. o cuáles de ellos portaron con orgullo la bandera nacional encabezando una delegación. Ejemplos sobran. Hubo entrerrianos en momentos claves para la cita de los anillos desde su refundación, por méritos o capacidad, producto de su esfuerzo y sacrificio, por sus deseos de superación y gracias a sus resultados deportivos, o porque los avatares del destino los colocaron en ese lugar.

#### ACERCA DEL AUTOR

Juan José Noguera Nació un 27 de marzo de 1985 en Villaguay, provincia de Entre Ríos. Es Licenciado en Periodismo y Comunicación (Universidad Nacional del Litoral) y Técnico Superior en Periodismo Deportivo (Instituto Justo José de Urquiza).

Actualmente se desempeña en Análisis Digital y como docente de nivel secundario y terciario. Además, preside desde 2018 el Círculo de Prensa Deportiva de Paraná, una entidad que reúne a periodistas deportivos de la ciudad y la región.



www.anaeditorial.com  
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738  
nicolastavella@anaeditorial.com

Los otros tres caballeros se tranquilizaron enseguida. Se sentaron otra vez y Laurence retomó sus apuntes. Nikola le tiró una cara de incredulidad a Bob, quien le devolvió la mirada.

—Sigo adentrándome en Saturno. Sus colores son más monótonos, pero igualmente hermosos. Es increíble cómo las rocas que componen este planeta se alinean tan armónicamente en una órbita misma. ¡Maravillas del universo! Puedo vislumbrar uno que otro satélite, no sé cuál será, si Titán, Tetis, Hiperión u otro que no recuerdo el nombre. Pero lo que sí noto es que los más grandes están muy lejos de entre el planeta en sí y yo. Imaginen que la Tierra tenga ochenta lunas, algo así es Saturno. ¡Hasta parecen planetas enanos! No sé en qué anillo estoy, pero es de colores gris y negro. ¡Anota especialmente eso, Laurence! —él obedeció—.

“Me alejo de Saturno. Desafortunadamente, nada más que destacar. Ahora me aproximo a Urano y...

Murphy pasó unos minutos en silencio entre planeta y planeta, pero mencionó la viva y pesadísima atmósfera de Urano y su brillante color celeste, bromeó con que, si sintiera frío, estaría prácticamente muerto y hecho un cubo de hielo cósmico —¡Qué épica forma de morir!— y destacó la lejanía en la que se hallaba en tan poco tiempo. Con respecto a Neptuno, dijo que el mismo color azul representaba la fría atmósfera del planeta y que, si pudiera adentrarse en él, se aplastaría de tal forma que su cuerpo no se diferenciaría de una masa de carne amorfa y plana —más o menos lo mismo que pasaría si se hiciera lo mismo en Urano—. Dijo que sus cielos eran épicos, pero a la vez deprimentes. Por último, mencionó que la Gran Mancha Oscura de Urano se parecía a un colosal ojo. Para terminar su travesía por el Sistema Solar, agregó el diminuto tamaño de Plutón.

Inmediatamente, le pidió a Bob que lo despertara, él obedeció y subió los párpados superiores, mostrando los marrones ojos de Murphy. Éste se despertó de su trance y se levantó despacio, quedando sentado en el borde de su escritorio y mirando a sus alumnos.

—¿Cómo se sintió, Murphy? —preguntó Bob, con expectativa y nervios—. Creo que fue muy peligros...

—¡FUE MARAVILLOSO! —gritó muy fuerte, casi un alarido—. ¡Fue la experiencia más asombrosa de mi vida! —tenía una sonrisa de oreja a oreja—. Vi con mis propios ojos a los planetas, a las estrellas, a... a... al universo. No puedo contarles apropiadamente lo excitante que fue. ¡Dios! Y ahora estoy a miles de millones de kilómetros de donde estaba hace unos segundos —largó una risa maníaca. Agarró de la camisa a Bob y le dijo—: Bob, ¡hemos



hecho historia! —giró hacia los hermanos Berowsky—. Laurence, ¿anotó todo?

—Hice —dijo— lo mejor que pude, pero sí, anoté lo que decía —le entregó el bloc de notas con sus apuntes—. No quedaron muy elegantes y mi letra no es muy buena.

—No se preocupe, esto que anotó —sacudió el bloc con la mano levantada a la altura de la cabeza— es increíblemente importante. Con esto escribiremos un artículo para mostrárselo a alguna entidad astronómica importante, y todos y cada uno de ustedes formarán parte. Oh, sí, señores, seremos *famosos*. ¡Arderá el fuego de la ciencia!

—Bien —habló Nikola—, ya hicimos y terminamos lo que nos pidió y vemos que está satisfecho. Ahora...

—¿Terminamos? —se rio sarcásticamente—. Esto recién empezó. Únicamente superamos nuestra galaxia. Faltan *miles de millones de años luz* que debo descubrir. Lo de recién fue un calentamiento, y ahora que sabemos que *saturnina* funciona, hay que aprovecharla al máximo. Les repito, caballeros, mi deseo es llegar al universo desconocido. Todos sabemos acerca del Sistema Solar, pero ¿qué hay de las otras galaxias que están a una distancia enorme?

—¿Y entonces para qué quiere esos apuntes? —argumentó Bob, señalando el bloc—. Eso no es nada nuevo.

—No sea necio, Bob. ¿Cuántas personas han visto cara a cara Saturno, Júpiter o Urano? ¡Nadie! Eso es lo invaluable. Usted no lo comprende, pero lo que acaba de pasar es revolucionario. Si usted me lo permite, Laurence, me quedaré con lo que escribí.

—No hay problema, profesor. Es suyo.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Nikola.

—Terminamos por hoy, caballeros. Demasiadas aventuras tuvimos hoy. Nikola y Laurence, los espero la semana que viene en la universidad; y a usted, Bob, ya sabe. Seguiremos con nuestro trabajo. Puede ser que en unos días volvamos a repetir el experimento.

Todos salieron del estudio, escaleras abajo, para ya retirarse a sus aposentos. Murphy les agradeció a los hombres por haberlo ayudado. Antes de irse, Nikola le devolvió la botellita de *saturnina* junto con el gotero.

Ninguno se dirigió la palabra al salir. Los hermanos Berowsky doblaron a la izquierda, y Bob caminó por el camino que tanto le gustaba, yendo hacia su auto, cuadras abajo.

**Esta historia continuará en el próximo número de Aliso Revista.**

# UNA OBRA INOLVIDABLE

**Los encantados** de Kevin Jones es el nuevo libro de Ana Editorial. La obra será presentada el 30 de abril, en la plaza Sáenz Peña de Paraná, a las 16.30. Por las redes sociales daremos mayores detalles. Aquí les ofrecemos dos poesías de esta obra que nos llenó de alegría poder realizar.

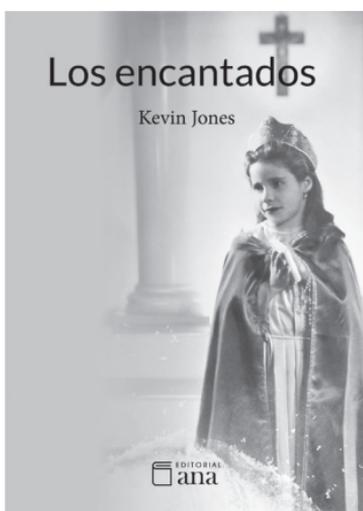
## *Blancanieves*

¿Dónde estoy?

Unas manos sostienen  
aún roja la manzana  
¡más parece tan lejana!

Escribo al dictado.  
Trato de explicarme  
a mí misma la blancura  
de estos días ni dormida  
ni nada.

Aún sostienen  
roja la sangre  
una manzana  
mis ojos mi sueño  
mis pies mis pasos  
mis manos, ay,  
tan lejanas.



## *Rapunzel*

Me siento unos días  
bruja encerrada en el tiempo.  
Cuánto me compadezco.  
Tan poderosa y no poder  
escapar a la trampa  
mis tareas.

Otras noches  
más astuta más prolija  
aprendo desviar la creencia.  
Dejo de sentirme condenada  
y recuerdo cómo siempre  
habrá una torre  
en el vacío.

# FIGURA

Una poesía de Ludmila González, del libro **El hilo en el laberinto** (Ana Editorial, 2020).

Tu figura en blanco y negro  
se pasea  
bidimensional boceto  
de película muda.  
Le pregunto si ha de que-  
darse  
y duda  
apenas sabe tu nombre.

No responde  
y me acerco al detalle  
furiosa descubro  
lo que compone tu imagen:

Yo he trazado con letras  
tus labios finos y curvados  
tan perfectamente  
que se han alzado y enre-  
dado  
a otras metáforas  
hasta ponerse de pie.

## La suerte de las flores

Melé Graglia



EDITORIAL  
ana

## La suerte de las flores

Melé Graglia

EDITORIAL  
ana

www.anaeditorial.com  
pablofelizia@anaeditorial.com /  
0343 154595738  
nicolastavella@anaeditorial.com

# ANTONIA

Un cuento de Julián Obeid.

—Llévale estas camisas a la mamá de Antonia, para que les de vuelta el cuello —Rezongando dejo mis autitos en un cantero del patio y salgo, por el portón de lata, a cumplir con el mandado de mi madre.

Me paro junto a la puerta de madera, su altura parece infinita. Tiene una de sus hojas abierta, lo que me permite ver la cancel de cortinas descoloridas. En punta de pie puedo llegar con dificultad a la aldaba con forma de mano. Logro dos golpes que parecen campanadas. Antonia aparece —sonriente— y me indica que pase. La sigo por el zaguán largo y angosto. En toda la casa resuena una novela que reproduce, con pesadez, un televisor blanco negro que nadie mira. Luego del viejo comedor llegamos la cocina grande que da al patio. Una luz débil se filtra por la mampara. La madre de Antonia está sentada a la máquina de coser. Es una mujer grande, con dificultad gira su cuerpo y me recibe las prendas que deposita sobre un taburete ubicado a su lado. Entre dientes dice algo inentendible.

Antonia vive desde siempre en nuestro barrio. No imagina otro lugar. De edad indefinida, como si el tiempo la hubiese olvidado. Un poco encorvada, su cuerpo menudo inclinado a un lado, el pelo entrecano y corto que ella misma mantiene. Un ojo medio cerrado, la cara y cabeza pequeñas. Antonia viste ropa simple de colores claros, con pequeños estampados. Calza alpargatas, a las que agrega unas tiritas de tonos alegres. Cría y protege algunos animales domésticos; supo acompañarla un gallo de porte estrafalario. Todas las siestas se sienta debajo de un limonero y conversa con un grupo de gatos, en el patio de tierra de la vieja casona. Antonia pasa el día prácticamente en la cuadra de su casa. No se la ve violentar esos límites. Cambia palabras, con grandes y chicos, en un castellano tan cuidado y correcto que parece de otro mundo. A todos, sin excepción, trata de usted y florea cada frase como si estuviera prolijamente desarrollando una obra teatral. Metódicamente barre con esmero, incluida la calle, y cuelga hojas secas de su vestido, generando así un ropaje quimérico. Dos veces al día transita despacio por su vereda hasta la esquina y busca la hora en el reloj municipal, como si en ello se le fuera la vida.

Antonia adolescente tiene un novio aviador que ofrece regre-





sar a buscarla; todavía lo espera. Le escribe —casi a diario— afanosas cartas que repasa y relee a sus animales. Luego las despacha en un viejo buzón declarado en desuso por el correo. Cuando en ocasiones muy raras un ruidoso avión pasa sobre el pueblo, Antonia corre mirando al cielo, cree que se cumple la promesa incumplida. Los gurises la acompañamos en ese ritual, gritando y haciendo señales al aviador desprevenido. Un día observo que el buzón de la esquina se desborda y las cartas de Antonia comienzan a desparramarse por el pueblo. Pasan inadvertidas. Como un juego me encargo de juntarlas en cada aparición, sin ver el contenido, las guardo en una caja de lata que supo ser de galletitas.

Muchos años después, mientras estudio periodismo en Buenos Aires, regreso en vacaciones al pueblo. Sin proponérmelo encuentro, en casa de mi madre, las olvidadas cartas. Me las llevo y en los meses siguientes las leo despacio, una a una. Descubro así que Antonia describe minuciosamente como vive, que siente, como es el mundo que la rodea. Lúcida, irónica, como en éste párrafo: «Como bien sabes, nuestro pueblo tiene en cada punto cardinal: el cementerio, el río con su puerto, el regimiento y un hospicio psiquiátrico. Así la muerte en un extremo, en el otro la vida que nos da el agua. Entiendo que entre locura y normalidad hay una línea tan fina, que por momentos es inexistente. Algunas personas muy bien vistas, pendulean en esos extremos. También el límite vida muerte es muy difuso; está allí, inesperada, a la vuelta de la esquina». Con el tiempo comienzo a trabajar en un diario importante y con ese material elaboro las contratapas tituladas: Cartas de Antonia. El resultado es bueno y me permite tomar cierta notoriedad como escritor. El mérito quizás es exclusivamente de ella y así lo hago saber.

Hoy he vuelto al pueblo, mate en mano camino despacio nuestra cuadra. Todo me parece extraño; muchos autos, poca gente conocida. Advierto que el caserón familiar de Antonia no existe, en el lugar han construido un enorme salón vidriado donde funciona un negocio que ofrece ropa importada, juguetes y productos electrónicos fabricados en China. Las personas que atienden se confunden con unos maniqués de expresión gélida, todo parece uniforme y robotizado. Los seres humanos terminan confundidos con la mercadería fabricada en serie y viceversa. En vano busco el zaguán de dos hojas, con la ilusión de entregar un par de camisas que necesitan arreglo del cuello. Le explico al encargado del lugar, el motivo de mi



visita. No entiende absolutamente nada. Insisto. Bastante contrariado responde:

—Solamente sobrevive en el fondo, un viejo limonero medio seco. Es un problema. Todas las siestas se reúnen unos gatos vagos; no sé cómo correrlos, siempre regresan. ¡Usted puede creer! Esos forajidos forman un círculo y prestan atención como si alguien les estuviera hablando. Tendré que eliminarlos de alguna manera.

Con un frío intenso en el alma, me voy en silencio hasta la esquina donde todavía se encuentra el viejo buzón. Observo, por la puertita entre abierta, que continúa desbordado por las cartas de Antonia. Según me relata una vecina, cuando sopla viento sur se desparraman por grupos en todo el pueblo; nadie les presta atención.

Como lo hiciera muchos años atrás, recojo algunas cartas. Ya en la vieja casa de mi familia abro una de ellas, elegida al azar. Está fechada cuando yo tenía ocho años. Con su caligrafía impecable, Antonia la inicia así: «Hoy se ha presentado en casa un niño que habita en nuestro barrio, lo conozco desde siempre. Trae algunas camisas para que mi madre les repare el cuello. Me llama la atención su mirada triste, pero también esperanzadora. Estoy convencida que las personas somos olvidadas al poco tiempo de morir, independientemente de cómo hemos sido en nuestra vida. Nos salva: dejar alguna huella, una impronta en alguien. Sé que este chico me recordará, me rescatará de alguna forma y seguiré estando presente. No puedo explicarte más porque sólo es un sentimiento, algo muy subjetivo y profundo».





[www.senadoer.gob.ar](http://www.senadoer.gob.ar)

Entre Ríos

PROGRAMA

INMUN

Epid

034

25 de M

hotmail

og

niños de

11  
años

5/6  
años



consultá el  
calendario

ponéte al día con **las vacunas**



Ministerio de  
SALUD  
Gobierno de Entre Ríos